

**CORDERO, R. (1997). TIEMPO MUERTO DE NOSTALGIA. BARQUISIMETO:  
UNIVERSIDAD CENTRO OCCIDENTAL «LISANDO ALVARADO».**

Reseñado por María Julieta Cordero Noguera  
Universidad Central de Venezuela  
maryjuly57@gmail.com

En la contemporaneidad muchos autores residen en los suburbios de la urbe literaria. Algunos se comportan como extranjeros. Su condición les permite desenvolverse en la ciudad, disfrutar de los beneficios y ventajas que ella ofrece y, en un mismo movimiento, se mantienen alejados del centro donde se registran con mayor intensidad las actividades culturales y comerciales, incluido el mercadeo del libro y la literatura. Rafael Cordero es un habitante suburbano. Su manera de vincularse con el centro y la periferia es curiosa y merece nuestra observación. Por un lado, Cordero es profesor jubilado de las escuelas de Letras y Psicología de la Universidad Central de Venezuela y, aunque poco le guste mencionarlo, fue miembro activo del proceso de renovación universitaria acaecido en el año 1969. Este docente ha decidido limitar los destinos de su obra narrativa y voluntariamente se ha marginado del eje de producción de la literatura.

Considero que el autor como individuo miembro de la sociedad letrada puede elegir la otra orilla; sin embargo, una vez que su obra se hace pública pierde el carácter de vinculación exclusiva; entonces, corresponde a los medios de difusión (empresas editoriales, academia, políticas culturales, entre otros), dada su incumbencia socio-cultural, reubicar la pieza sopesando su valoración estética y demás factores inmanentes.

De igual modo, me gustaría subrayar el hecho de que siempre han existido autores que por múltiples causas permanecen al margen de los beneficios derivados del *littera* consumo. Pero los agentes socioculturales implicados en la crítica, la academia y el mercadeo de productos literarios debemos asumir el quehacer divulgativo como una responsabilidad continua capaz de abolir las fronteras definidas por el canon y las ganancias comerciales.

Atendiendo a la trayectoria de Rafael Cordero es posible constatar que sus cuatro novelas [*La vida que me diste* (1993), *Mi vida recomienza en Ponte Cestio* (1996), *Na' Guara* (2002) y *Los cielos de Teulada* (2004)] y su libro de relatos [*Tiempo muerto de nostalgia* (1997)] han sido confeccionados en circunstancias similares donde reconocemos decisiones tales como publicaciones únicas, publicaciones en editoriales de provincia, tirajes insuficientes, distribución limitada, desinterés en reediciones, rechazo a los medios virtuales. Según observo, esta proclividad a ubicarse en las zonas limítrofes tiene injerencias en el entramado ficcional de los cuentos que componen *Tiempo muerto de nostalgia*.

Me atrevería a decir que nos encontramos frente a un libro profético. Las ideas vertidas en los tres relatos que lo integran anuncian los trasfondos temáticos que el autor desarrolla en las novelas posteriores hasta alcanzar las últimas consecuencias posibles. La obra en sí es orgánica, concebida en torno a un hilo conductor que fija los personajes a las calles recorridas. Manuel Caballero (2003) afirma que los pies protagonizan estos tres textos. Yo creo que los pies delinear el sentido del viaje explícito, *leitmotiv* de la narrativa corderiana, y ejercen un rol primario en la fragua del carácter de los personajes que pueblan el microcosmos ficcional; más aún, sus talones rugosos sobre el pavimento definen los destinos de estas criaturas, haciendo eco de la asección proclamada por Heráclito: «su carácter es demonio para el hombre» (cf. Míguez, 1977. 247).

El primer cuento, o pasaje, está escrito en el formato de una carta de amor que el remitente dirige a Don Dalmiro Finol, el «jonronero de la época heroica de nuestro beisbol profesional» (Cordero, 1997, 25). Este pelotero encarna la figura del padre idealizado que el narrador ha elegido para conformarse como integrante digno del género humano. Alrededor de este nexo paterno-filial orbitan reflexiones filosóficas y culturales de gran calibre dispuestas en conjunción con la remembranza de un viaje que tuvo lugar en la infancia del expositor y cuyo propósito consistía en conocer al ilustre beisbolista. Este encuentro alcanza connotaciones epifánicas e implica para el personaje un segundo nacimiento que altera el curso de su vida pueblerina y lo catapulta hacia una existencia rotulada por la constante aparición rememorativa del jugador.

El relato reseña emblemáticos eventos deportivos, sucesos enmarcados en dos líneas de cal que atestiguaron el despunte de

importantes atletas criollos e internacionales. El relator sigue de cerca el auge, la caída y el resurgimiento de la carrera de Dalmiro Finol, reforzando la paternidad fugazmente contraída una tarde barquisimetana. Es esa filiación accidental e ignorada el hecho que le concede a este fanático huellas de identidad y referentes concretos capaces de garantizarle pertenencia a alguna parte, aunque de manera inadvertida lo arrancan y distinguen de su contexto inmediato. El renacimiento adviene como la conclusión de un breve viaje a pie inaugurado en el alfoz de la ciudad crepuscular. De «perro callejero» el protagonista se transforma en morador de las calles del mundo desde donde reclama a su padre, a título de despedida, una pelota *spalding* nuevecita y debidamente autografiada.

Las «Caminatas por calles barquisimetanas» constituyen la segunda travesía del nostálgico itinerario. Un grupo de adolescentes recorre las avenidas guaras buscando entre las plazoleas y la policromía vespéral las señas urbanas que pudieran imprimirles marcas indelebles, tatuajes vivenciales que en la postrimería de la vida delatasen su procedencia geográfica y anímica. La voz narradora, aparte de referir el auto-examen, emite una fuerza introspectiva presta a exteriorizar las inquietudes emocionales de Jesús María, del Catire de Curarigua, de Hugo Pifano y de Raúl. Esa misma conciencia abarca profundos espacios psíquicos donde confluyen las pesadumbres plurales y logra verbalizar una certitud continuamente evadida: la ferocidad de esos pies andariegos negados al descanso, sedientos bajo el sol y la luna remite al deseo de hallar consuelo en los proyectos e intereses comunitarios antes de que el automatismo y la soledad de los años futuros los encarcelara.

Las excursiones capitalinas tienen un efecto exorcizante que la pandilla experimenta mediante largas conversaciones, preámbulo del consabido adiós. Así se consagra el homoerotismo que irriga las calles urbanas y las arterias ideológicas del libro. El temperamento particular de cada caminante se va perfilando mientras la brújula apunta al horizonte que camufla la matriz vegetal y acuática llamada Tabure. Esta mítica parcela más allá de los confines franqueados anuncia el despertar sexual y la apetecible intervención de hembras profesionales dispuestas a diluir las ansías de los novatos en un mercúrico acuerdo. Pero la presencia de las muchachas liceístas posterga de manera indefinida la turbulenta excursión y los alinea frente al misterioso poder encantador de las figuras femeninas. Por vez primera los ojos errantes se depositan sobre el verdadero fardo venusino y el candor de la

infancia resurge incapacitándolos para avanzar hacia la seductora vorágine de Tabure; quedan a merced de las colegialas, náyades sigilosas que «doblegarían nuestros seres con sus cuerpos bien entrenados de bailarinas» (Cordero, 1997. 93).

El aterrizaje «Allá en lindo Quito de mi vida» anuncia la tercera fase del circuito. El curso de verano de la Universidad Nacional del Ecuador determinó el encuentro de estudiantes oriundos de múltiples regiones americanas. Jorge Arturo, Silvia y el narrador se unen en una expedición que se apodera de las calles quiteñas y los aproxima a la médula de la urbe colonial internándolos en un peregrinaje psíquico. La estancia en Ecuador suscita hondas meditaciones a partir de las cuales el estudiante venezolano cuestiona su postura respecto a los eventos políticos de alcance continental. Las particularidades del mestizaje ecuatoriano capturan su atención y excitan emociones que fluctúan entre la solidaridad hacia la indiada y la frustración por sentirse integrante de la masa humana que muestra desinterés ante el padecimiento de los otros; sin embargo, el amor ocupa un lugar distinguido en este torbellino de ideas. Silvia surge como el receptáculo de ternura, amor y celos, su presencia en Quito irrumpe en la rutina solitaria, académica y juerguera del narrador. El venezolano había concebido el viaje en función de un objetivo: apaciguar la mente, decantar las nociones que de manera incesante prevalecían agitando su alma y sus pies. Ni las andanzas por la calle La Ronda ni las fervientes conversaciones sostenidas con Jorge lograban aquietar el espíritu ávido de respuestas, dispuesto a vagar hasta la fundición de las suelas en busca de aquel tiempo muerto de nostalgia al cual se sumarían las vivencias quiteñas. Solo los canelazos compartidos y el amor por Silvia y por Jorge velaban el agujero de la angustia existencial y, consecuentemente, mitigaban el dolor ocasionado por el anhelo del retorno imposible.

El paseo al Lago San Pablo enmarca la ejecución del deseo común que los inclinaba hacia la soledad radical. Alejándose del grupo de excursionistas esta triangular comitiva pretendió unificarse con el fluido lacustre que sostenía la balsa. Entre brazadas y la silenciosa contemplación de Silvia, el viajero venezolano fantaseaba con un naufragio redentor capaz de anular sus ansias de pertenencia mediante la consagración de la cofradía.

El fin del verano señaló tres caminos discrepantes y cada uno regresó al lugar de origen. La fantasía de inmersión definitiva se había

hundido en la borrachera subsiguiente. Aunque persistían los vestigios de una inconformidad primordial que dejaba en los huesos el amargo gusto de la derrota, cada peregrino desarrolló y asumió su pequeño programa de vida, el cual se prolongaría hasta que un canto coral reviviera la estrofa entonada en calle La Ronda: «Yo quiero que a mí me entierren, como a mis antepasados, en el fondo oscuro y fresco de una vasija de barro» (Cordero, 1997. 117).

## REFERENCIAS

- Caballero, M. (2002). Tiempo muerto de nostalgia. En Rafael Cordero. *Na' Guará* (pp. 15-17). Barquisimeto: Universidad Yacambú.
- Cordero, Rafael. (1993). *La vida que me diste (Cinco cartas a un hombre)*. Barquisimeto: Universidad Centro-Occidental «Lisandro Alvarado».
- Cordero, Rafael. (1996). *Mi vida recomienza en Ponte Cestio*. Caracas: Fundación Cátedra «Pío Tamayo», Universidad Central de Venezuela.
- Cordero, Rafael. (2002). *Na' Guara*. Barquisimeto: Universidad Yacambú.
- Cordero, Rafael. (2004). *Los cielos de Teulada*. Pampatar: Casa de la Cultura.
- Parménides y Heráclito. (1983). *Parménides-Heráclito. Fragmentos*. (Trad. José Antonio Míguez). Barcelona (España): Orbis.